Domingo XXXI Ordinario del ciclo A.

El uso y el abuso de la religión.

Llamamos religión al conjunto de creencias o dogmas acerca de Dios, de sentimientos de veneración y temor hacia la Divinidad suprema, de normas morales para la conducta individual y colectiva, y de prácticas rituales, principalmente la oración y el sacrificio para tributarle culto. También llamamos religión a la virtud que nos mueve a darle a Dios el culto que le debemos como acción de gracias por su amor para con nosotros. Dependiendo de la forma que utilicemos la religión, podemos hacernos felices a nuestros prójimos y a nosotros, o podemos autodestruirnos. Un famoso comunista solía decir que "la religión es el opio del pueblo". Muchos jóvenes, cuando comienzan a tener relaciones interpersonales, se alejan de su círculo de amigos, y se entregan a sus parejas, como si las mismas constituyeran la mayor ilusión de su existencia. Muchos de esos jóvenes, en conformidad con el paso del tiempo, descubren que sus parejas no son quienes ellos creían que eran, y, al desaparecer el enamoramiento natural con que iniciaron sus relaciones, comprueban que, lo que al principio era bello, concluye siendo cansino. Con la religión puede sucedernos algo parecido a lo que les sucede a los citados jóvenes que carecen de experiencia amorosa o no están preparados para mantener relaciones interpersonales. Muchas personas que se refugian en la religión buscando el consuelo de los creyentes, según conocen la doctrina que sus amigos profesan, se van planteando dudas, las cuales, si no son resueltas satisfactoriamente, menoscaban la fe de quienes no encuentran lo que buscan en la Iglesia, quizá porque no sabemos comprenderles o inculcarles debidamente nuestros conocimientos religiosos. No faltan quienes se refugian en la religión y años después de comenzar a creer en Dios, descubren que han de volver al mundo, porque los creyentes de siempre no sabemos satisfacer sus dudas, o porque descubren que la religión no es lo único que han de vivir. Por último, no hemos de olvidar a los que nos exigen que cumplamos la Ley de Dios a rajatabla, aunque ellos se creen santos, y adaptan las normas morales a su forma de pensar, de manera que creen que son inimitables por su perfección. Jesús nos habla en los Evangelios de estos personajes, pues, en el tiempo en que vivió nuestro Señor, los fariseos constituían una secta dentro del Judaísmo que destacaban por su rigor y austeridad, pero evitaban el cumplimiento de los preceptos más relevantes de la Ley en la práctica. De aquí viene el hecho de que el vocablo fariseo sea sinónimo de hombre hipócrita, malintencionado y de mala catadura. Al estudiar superficialmente el capítulo 23 del Evangelio de San Mateo, vamos a ver cómo muchos líderes religiosos aprovechan su don de gentes para exigirles a sus discípulos que hagan lo que ellos no hacen, porque se creen santos cumplidores de la Ley divina.

"Jesús dijo entonces a todos los que estaban allí (en el Templo de Jerusalén) y a sus propios discípulos: -Los maestros de la Ley (los escribas o instructores de los fariseos) y los fariseos son los encargados de interpretar la ley de Moisés. Así que vosotros debéis hacer y guardar (respetar, aceptar) lo que os digan; pero no imitéis su conducta, porque ellos mismos no hacen lo que enseñan. Echan cargas pesadas sobre los hombros de los demás, pero ellos no están dispuestos a tocarlas ni

siquiera con un dedo. Todo lo hacen para que la gente los mire (los elogie). Usan filacterias más anchas y flecos más largos que ningún otro" (MT. 23, 1-5).

"Guardaos de practicar vuestra religión delante de la gente sólo para que os vean. De otro modo, no recibiréis ninguna recompensa de vuestro Padre que está en los cielos" (MT. 6, 1).

Gertrudis, mi abuela paterna, me contó una anécdota que le sucedió a una amiga suya hace muchos años. Ella le prometió a San José de Nazaret -el Patrón de Cajiz, mi pueblo- que, si le concedía un favor, caminaría descalza durante la procesión religiosa del citado santo, que se celebra todos los años los días 18 y 19 de marzo. Todos los vecinos del pueblo sabían cuál era la razón por la que aquella mujer caminaba descalza tras la imagen de San José. Don Pedro el sacerdote, al ver aquella escena, se acercó a la penitente y le dijo: {cálzate enseguida, porque puedes clavarte un cristal en un pie y, en vez de hacer cosas que no sirven para nada, haz algo útil, y dale una limosna a una familia pobre. La penitente, con tal de cumplir su voto y no desobedecer al sacerdote, le regaló un litro de aceite de oliva a una familia pobre, un donativo que, en los años de la posguerra civil española, era una limosna muy generosa para ser concedida por una pobre campesina.

Jesús nos dice también con respecto a los fariseos que <les gusta ocupar los primeros puestos en los banquetes, ser saludados en público, sentarse en los lugares preferentes en las sinagogas (casas en las que los judíos se congregaban para orar y para oír la doctrina mosaica) y que la gente les llame "maestros". Vosotros, en cambio, no os hagáis llamar "maestros", porque vuestro único maestro es Cristo. Vosotros sois hermanos unos de otros" (MT. 23, 6-8).

Jesús no quiere que seamos maestros unos de otros en sentido figurativo, indicándonos que todos debemos tratarnos como hermanos, dado que los hijos de Dios pertenecemos a un único estamento social.

"Ni tampoco llaméis "padre" a nadie en este mundo, porque vuestro único padre es el que está en el cielo" (MT. 23, 9).

Jesús no se opone a que tengamos padres, así pues, los sacerdotes católicos son considerados como padres y por tanto preceptores de sus feligreses, de hecho, nuestro Señor no quiere que idolatremos a nadie como si se tratara de nuestro Padre celestial, que haga las veces de Dios.

"Ni tampoco os hagáis llamar "preceptores", porque vuestro único preceptor es Cristo. El más grande entre vosotros es aquel que está dispuesto a servir a los demás" (MT. 23, 10-11).

El día en que los hermanos Juan y Santiago le pidieron a Jesús por mediación de Salomé -su madre- que cuando El viniera al mundo para concluir la instauración del Reino de Dios les sentara a su izquierda y a su derecha respectivamente, el Mesías les dijo:

"-Como muy bien sabéis, los gobernantes someten a las naciones a su dominio, y los poderosos les hacen sentir su autoridad. Pero entre vosotros no debe ser así. Antes bien, si alguno de vosotros quiere ser grande, deberá ponerse al servicio de los demás, y si alguno de vosotros quiere ser principal, deberá hacerse servidor de todos. De la misma manera que el Hijo del hombre no ha venido para ser servido, sino para servir (a los hombres) y dar su vida en pago de la libertad de todos los hombres" (CF. MT. 20, 25-28. Véase el mismo texto versionado en LC. 22, 25-26).

"Si alguno quiere ser el más importante, téngase a sí mismo por el más insignificante y póngase al servicio de los demás" (CF. MC. 9, 35. Véase un texto igual a este en MC. 10, 43-44. CF. también LC. 22, 25-26, un texto idéntico al de San Mateo que estamos meditando).

Jesús no nos dice que renunciemos a nuestro status social para servir a los pobres ni que les quitemos el pan a nuestros familiares para dárselo a los carentes de dádivas materiales, sino que repartamos nuestras posesiones equitativamente, sin renunciar a nuestro estado actual. Tengamos en cuenta que Jesús decía esas palabras tan difíciles de aceptar con respecto al ejercicio de la caridad porque los fariseos no se consideraban inferiores con respecto a los demás, sino superiores a quienes instruían.

Jesús es nuestro modelo a imitar a la hora de servir a nuestros prójimos, así pues, el Señor nos dice:

"Porque, ¿quién es mayor, el que está a la mesa o el que sirve? ¿No es el que está a la mesa? Pues yo estoy en medio de vosotros como el que sirve" (LC. 22, 27).

"El que pretenda ser superior a los demás, será humillado; pero el que a sí mismo se humille, ése será ensalzado" (MT. 23, 12. CF. el mismo texto explicado con diferentes palabras en LC. 14, 11).

"Dijo también (Jesús) a algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás, esta parábola: "Dos hombres subieron al templo a orar; uno fariseo, otro publicano. El fariseo, de pie, oraba en su interior de esta manera: "¡Oh Dios! Te doy gracias porque no soy como los demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros, ni tampoco como este publicano. Ayuno dos veces por semana, doy el diezmo de todas mis ganancias." En cambio el publicano, manteniéndose a distancia (porque se consideraba indigno de ser amado por Dios), no se atrevía ni a alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho (reconociendo sus pecados y humillándose), diciendo: "¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!" Os digo que éste bajó a su casa justificado y aquél no. Porque todo el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado" (LC. 18, 9-14).

"¡Hay de vosotros, maestros de la Ley y fariseos hipócritas, que cerráis a todos la entrada en el reino de Dios! Ni entráis vosotros ni dejáis que entren los demás. ¡Hay de vosotros, maestros de la Ley y fariseos hipócritas, que devoráis las

haciendas de las viudas y que para disimular pronunciáis largas oraciones! ¡Por eso vosotros recibiréis mayor castigo!" (MT. 23, 13-14).

En el tiempo en que vivió nuestro Señor, las mujeres eran consideradas inferiores a los hombres, así pues, esta es la razón por la que muchas viudas tenían que prostituirse para poder sobrevivir. Jesús les dijo a los fariseos que ellos se cerraban el cielo a sí mismos y lo mismo hacían para quienes seguían su ejemplo, pues ellos no sólo pecaban, sino que inducían a sus seguidores a imitarlos.

"!Hay de vosotros, maestros de la Ley y fariseos hipócritas, que recorréis tierra y mar en busca de un prosélito, y, cuando lo habéis conseguido, hacéis de él un hijo de la gehena dos veces peor que vosotros mismos!" (MT. 23, 15).

Un prosélito es una persona que se adhiere a una doctrina, una facción o parcialidad.

Cuando el Rey Salomón (descendiente de {David) era anciano, hizo construir un altar frente a la antigua ciudadela de Jerusalén, en el que los creyentes tenían que sacrificar a sus hijos en honor de los dioses paganos Kemósh y Moloc. Salomón construyó la gehena, según leemos en la Biblia.

"Entonces edificó Salomón un lugar alto a Quemos, ídolo abominable de Moab, en el monte que está enfrente de Jerusalén, y a Moloc, ídolo abominable de los hijos de Amón. Así hizo para todas sus mujeres extranjeras, las cuales quemaban incienso y ofrecían sacrificios a sus dioses" (1 REY. 11, 7-8).

La gehena fue conocida como un lugar de abominación, por causa de los sacrificios humanos que se llevaban a cabo en el citado valle, incumpliendo la Ley de Yahveh, el cuál no aceptaba que se le ofrecieran sacrificios humanos. En un periodo posterior, aquel valle se convirtió en un vertedero de basura, en el que se mantenían fuegos encendidos siempre, con el fin de evitar la pestilencia. Estas son las causas por las que en el Nuevo Testamento la gehena es sinónimo de infierno.

"¡Hay de vosotros, guías de ciegos, que decís: "Jurar por el templo no compromete a nada. Lo que compromete es jurar por el oro del templo!"" (MT. 23, 16).

Jesús nos dice que no le concedamos más valor a los objetos religiosos que a la casa de Dios, y que no les concedamos más importancia a los motivos religiosos que a las personas. Llegados a este punto, os propongo un tema que podréis considerar -si así lo queréis- cuando concluyais esta consideración: ¿Debe la Iglesia vender su patrimonio para ayudar a los pobres a solventar sus carencias, o debe mantenerlo y seguir utilizándolo para evangelizar a la humanidad?

"¡Estúpidos y ciegos! ¿Qué es más importante, el oro o el templo por el que el oro queda consagrado (a Dios)? Y decís también: "Jurar por el altar no compromete a nada. Lo que compromete es jurar por la ofrenda que está sobre el altar." ¡Ciegos! ¿Qué es más importante, la ofrenda o el altar por el que la ofrenda queda

consagrada? El que jura por el altar, jura también por todo lo que hay en él; el que jura por el templo, jura también por aquel que vive en él (el Templo era considerado como casa de Dios, lo mismo que sucede con nuestras iglesias actuales). Y el que jura por el cielo, jura también por el trono de Dios y por Dios mismo, que se sienta en ese trono" (MT. 23, 17-22).

"Así dice Yahveh:
Los cielos son mi trono
y la tierra el estrado de mis pies,
pues ¿qué casa vais a edificarme,
o qué lugar para mi reposo,
si todo lo hizo mi mano,
y es mío todo ello?
-Oráculo (revelación) de Yahveh-.
Y ¿en quién voy a fijarme?
En el humilde y contrito
que tiembla a mi palabra"" (IS. 66, 1-2).

Decir que una construcción hecha por hombres sirve para acoger a la Divinidad creadora del universo es hablar en lenguaje simbólico, así pues, el verdadero templo de Dios, es el corazón de sus hijos los hombres.

"Pero yo os digo -nos dice el Mesías-: No jures en manera alguna. No jures por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es el estrado de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey (Dios)" (MT. 5, 34-35).

San Esteban, antes de morir, explicó el hecho que nos ocupa, es decir, que quienes somos imperfectos no estamos capacitados para construirle una morada a Aquel cuya perfección es ilimitada.

"Por su parte, David, que gozaba del favor de Dios, solicitó el privilegio de construir un santuario para (que adorara a Dios) la estirpe de Jacob. Sin embargo, fue Salomón quien lo construyó; aunque debe quedar claro que el altísimo no habita en edificios construidos por hombres, como dice el profeta: Mi trono es el cielo, dice el Señor, y la tierra, el estrado de mis pies. ¿Por qué queréis edificarme un santuario o un lugar que me sirva de morada? ¿No soy yo el creador de todas estas cosas?" (HCH. 7, 46-50).

"¡Hay de vosotros, maestros de la Ley y fariseos hipócritas, que ofrecéis a Dios el diezmo de la menta, del anís y del comino, pero no os preocupáis de lo más importante de la Ley, que es la justicia, la misericordia y la fe! Esto último es lo que deberíais hacer, aunque sin dejar de cumplir también lo otro" (MT. 23, 23).

En el Levítico, leemos:

"Y el diezmo de la tierra, así de la simiente de la tierra como del fruto de los árboles, de Jehová es; es cosa dedicada a Jehová" (LV. 27, 30).

Los hebreos hacían bien con ofrendarle a Dios la décima parte de las semillas que plantaban y de los frutos que recogían de los árboles, pues así contribuían al sostenimiento de los descendientes de Leví, el hijo de Jacob cuya prole fue consagrada al sacerdocio. Jesús aprueba nuestra asistencia a las celebraciones litúrgicas. Jesús no se manifiesta en contra de que en nuestros templos haya riquezas, pero quiere que seamos justos y socorramos a los indigentes, y que seamos misericordiosos, en virtud de la fe que le profesamos a nuestro Padre común.

"¡Guías ciegos, que coláis el mosquito y os tragáis el camello!" (MT. 23, 24).

Jesús nos habla de quienes cumplen escrupulosamente los mandamientos de la Ley que no les resultan gravosos como asistir a la Eucaristía dominical, e incumplen los preceptos por los que hemos de ser conocidos los cristianos.

"¡Hay de vosotros, maestros de la Ley y fariseos hipócritas, que limpiáis por fuera la copa y el plato, mientras por dentro siguen sucios con el producto de vuestra rapacidad y codicia! ¡Fariseo ciego, limpia primero la copa por dentro, y así quedará limpia también por fuera!" (MT. 23, 25-26).

"SE acercaron a Jesús los fariseos y unos maestros de la Ley llegados de Jerusalén. Habían visto que algunos discípulos de Jesús comían con las manos impuras, esto es, sin haber cumplido el rito de lavarse las manos. (Porque los fariseos y demás judíos, siguiendo la tradición de sus antepasados, no comen sin antes haberse lavado las manos cuidadosamente. Así, cuando vuelven del mercado, no comen si antes no se lavan. Y guardan también otras muchas costumbres rituales, tales como lavar las copas, las ollas, las vasijas metálicas y hasta las camas.) Así que aquellos fariseos y maestros de la Ley preguntaron a Jesús: -¿Por qué tus discípulos no respetan la tradición de nuestros antepasados? ¿Por qué se ponen a comer con las manos impuras? El les contestó: -¡Hipócritas! Bien profetizó Isaías acerca de vosotros cuando escribió (en 13, 29): Este pueblo me honra de labios afuera, pero su corazón está muy lejos de mí. Inútilmente me rinden culto, pues lo único que enseñan es a cumplir preceptos humanos. Vosotros os apartáis de los mandatos de Dios por seguir las tradiciones humanas.

Jesús continuó diciendo: -Así que, por mantener vuestras propias tradiciones, dais completamente de lado a los mandamientos de Dios. Porque Moisés dijo: Honra a tu padre y a tu madre (éste texto al que Jesús se refiere puede leerse en EX. 20, 12, y en DT. 5, 16, donde leemos: "Honra a tu padre y a tu madre, como Jehová tu Dios te ha mandado, para que sean prolongados tus días, y para que te vaya bien sobre la tierra que Jehová tu Dios te da"); y también: El que maldiga a su padre o a su madre será condenado a muerte. (Esta otra cita recordada por Jesús puede leerse en EX. 21, 17 y en LV. 20, 9, donde leemos: "Todo hombre que maldijere a su padre o a su madre, de cierto morirá; a su padre o a su madre maldijo; su sangre será sobre él"). En cambio, vosotros afirmáis que, si alguno dice a su padre o a su madre: "Lo que tenía reservado para ayudarte, lo he convertido en ofrenda para el templo", queda liberado de la obligación de ayudarles a ellos. De este modo, con esas tradiciones vuestras que os pasáis de unos a otros, anuláis lo que Dios tenía dispuesto. Además hacéis otras muchas cosas parecidas a éstas.

Jesús llamó otra vez a la gente y les dijo: -Oidme todos y entended esto: Nada de lo que entra en el hombre puede hacerle impuro. Lo que realmente hace impuro al hombre es lo que sale del corazón. ¡Quien pueda entender (comprender) esto, que lo entienda.!

Luego, cuando Jesús se apartó de la gente y entró en casa, sus discípulos le preguntaron qué era lo que había querido decir. El les contestó: -¿Así que tampoco vosotros sois capaces de entenderlo? ¿No comprendéis que nada de lo que entra en el hombre puede hacerle impuro, porque no entra en su corazón, sino en su vientre, y va a parar al retrete?

Con esto, Jesús quiso decir que todos los alimentos son limpios. Y añadió: -Lo que sale del interior, eso es lo que hace impuro al hombre; porque del fondo del corazón proceden las malas intenciones, las inmoralidades sexuales, los robos, los asesinatos, los adulterios, la avaricia, la maldad, la falsedad, el desenfreno, la envidia, la blasfemia, el orgullo, la estupidez. Todas éstas son las maldades que salen de dentro y hacen impuro al hombre" (MC. 7, 1-23).

Jesús nos dice que, de la misma manera que al fregar un plato por dentro lo limpiamos por fuera, las personas que tienen limpia la conciencia tienen limpio el cuerpo, aunque esto contradecía las creencias de los judíos con respecto a que los enfermos eran pecadores que pagaban el mal que hicieron ellos o sus antecesores de generaciones anteriores.

"¡Hay de vosotros, maestros de la Ley y fariseos hipócritas, que sois como sepulcros blanqueados, hermosos por fuera, pero llenos por dentro de huesos de muerto y podredumbre!" (MT. 23, 27).

No es fácil constatar cómo Jesús inició su Ministerio público predicando el Evangelio con mucha dulzura, y cómo hubo de endurecérsele el corazón cuando tenía que esquivar a sus perseguidores, los cuales cada día le cercaban más e intentaban asesinarle como diera lugar a escondidas de sus creyentes, pues El quería difundir su conocimiento de Dios, y no le importaba sacrificarse si ello le era necesario para lograr su propósito. Jesús llamó a los fariseos sepulcros blanqueados dándoles a entender que, a pesar de que vestían suntuosamente, su espíritu era un recipiente lleno de maldad. Podemos constatar que Jesús no atacaba a sus enemigos profiriendo calumnias, sino que advertía a sus oyentes para que no imitaran a sus perseguidores. En el Evangelio de San Lucas podemos comprender muy claramente las palabras de Jesús, pues El no estaba de acuerdo con la forma en que los fariseos practicaban el proselitismo.

"¡Hay de vosotros, pues sois como los sepulcros que no se ven, sobre los que andan los hombres sin saberlo!" (LC. 11, 44).

"Así también vosotros: os hacéis pasar por justos delante de la gente, pero vuestro interior está lleno de hipocresía y maldad" (MT. 23, 28).

"¡Hay de vosotros, maestros de la Ley y fariseos hipócritas! Construís los sepulcros de los profetas y adornáis los monumentos funerarios de los justos, y decís: "Si nosotros hubiéramos vivido en los tiempos de nuestros antepasados, no

nos habríamos unido a ellos para derramar la sangre de los profetas." Con eso demostráis, contra vosotros mismos, que sois descendientes de los que asesinaron a los profetas" (MT. 23, 29-31).

Jesús sabía que, de la misma manera que los antepasados de sus oyentes habían asesinado a muchos mensajeros de Dios, ellos no sólo acabarían con los sucesores inmediatos del Mesías, sino que El mismo podía contar las horas que le quedaban de vida, pues los miembros de la alta sociedad de Palestina le entregarían muy pronto a Pilato para que el Gobernador de Judea le condenara a morir crucificado.

"¡Rematad, pues, vosotros la obra que comenzaron vuestros antepasados! ¡Serpientes! ¡Hijos de vívora! ¿Cómo podréis escapar al castigo de la gehena?" (MT. 23, 32-33).

Jesús se dirigió a sus enemigos adoptando la misma agresividad con que San Juan el Bautista se dirigía a quienes incumplían la Ley.

"-¡Hijos de vívora! ¿Quién os ha avisado para que huyáis del inminente castigo? Demostrad con hechos (buenas obras) vuestra conversión" (CF. MT. 3, 7-8. Este texto también se expone en LC. 3, 7).

"Si dais por sano el árbol, dad por sano su fruto; y si dais por malo el árbol, dad por malo su fruto. Por el fruto se sabe cómo es el árbol. ¡Hijos de vívora! ¿Cómo puede ser bueno lo que decís, si vosotros mismos sois malos? Porque la boca habla de lo que rebosa el corazón. Del hombre bueno, como es rico en bondad, brota el bien; pero del hombre malo, como es rico en maldad, brota el mal" (MT. 12, 33-35).

"Oídme bien: yo voy a enviaros mensajeros, sabios y maestros de la Ley; a unos mataréis y crucificaréis, a otros azotaréis en vuestras sinagogas y perseguiréis de ciudad en ciudad" (MT. 23, 34).

Quizá pensaréis: Si Jesús sabía que muchos de sus predicadores iban a ser asesinados, ¿por qué les encomendó la misión de predicar el Evangelio, e incluso les capacitó para que hicieran milagros? ¿Quería Jesús que sus seguidores murieran como El sabía perfectamente que le iba a ocurrir? Nuestro Señor no quería que los suyos murieran, así pues, cuando les anunció a sus discípulos que les iban a perseguir para asesinarlos, les dijo:

"Cuando os persigan en una ciudad, huid a otra, pues os aseguro que el Hijo del hombre vendrá antes que hayáis recorrido todas las ciudades de Israel" (MT. 10, 23).

Algunos autores sostienen que Jesús creía que el fin del mundo iba a acontecer después de que El rompiera las collundas de la muerte. Esta creencia fue desmentida por el propio Jesús, pues, cuando el Mesías les habló a sus amigos íntimos del fin del mundo, les dijo:

"En cuanto al día y la hora, nadie sabe nada, ni los ángeles del cielo ni el Hijo. Solamente el Padre lo sabe" (MT. 24, 36).

Jesús no quería que sus seguidores fueran martirizados, pero ello era inevitable si ellos se aplicaban las palabras de Jeremías:

"Sábelo: he soportado por ti el oprobio.
Se presentaban tus palabras, y yo las devoraba;
era tu palabra para mí un gozo
y alegría de corazón,
porque se me llamaba por tu nombre
Yahveh, Dios Sebaot (Dios de los ejércitos)" (CF. JER. 15, 15-16).

"De ese modo os haréis culpables de toda la sangre inocente derramada en este mundo, desde la sangre de Abel el justo hasta la de Zacarías, el hijo de Baraquías, a quien asesinasteis entre el santuario y el altar" (MT. 23, 35).

¿Quiénes eran los personajes de los que nos habla Jesús? Abel el justo era hijo de Adán y Eva, y, por tanto, hermano de Caín. En la Biblia leemos:

"Y dijo Caín a su hermano Abel: Salgamos al campo. Y aconteció que estando ellos en el campo, Caín se levantó contra su hermano Abel, y lo mató" (GN. 4, 8).

Con respecto a Zacarías, podemos leer en el libro que contiene la Palabra de Dios:

"Entonces el Espíritu de Dios vino sobre Zacarías, hijo del sacerdote Joyada; y puesto en pie, donde estaba más alto que el pueblo, les dijo: Así ha dicho Dios: ¿Por qué quebrantáis los mandamientos de Jehová? No os vendrá bien por ello; porque por haber dejado a Jehová, él también os abandonará (por renegar de Dios, El fingirá que se alejará de vosotros, con el fin de que comprendáis que sin El no podéis vivir). Pero ellos hicieron conspiración contra él, y por mandato del rey (Joás) lo apedrearon hasta matarlo, en el patio de la casa de Jehová" (2 {CRO. 24, 20-21).

No es este el momento de debatir sobre la existencia del infierno y sobre la perfección de Dios, pues no pretendo hacer interminable esta exposición, pero, aún así, para seguir interpretando el capítulo 23 de la obra de Mateo el publicano, hemos de preguntarnos: ¿Creemos que Dios castiga a quienes le desobedecen? Si Dios castiga a quienes no le aceptan, ¿cómo explicamos el sufrimiento de los creyentes? ¿No tendrá el dolor humano un sentido teológico aunque el mismo sea causado por la culpabilidad de los pecadores? Dejemos este tema pendiente para tratarlo en la exposición correspondiente al significado de la Pasión, la muerte y la Resurrección de nuestro Señor, y sigamos meditando el pasaje de San Mateo que os estoy exponiendo.

"¡Os aseguro que el castigo merecido caerá sobre esta gente de hoy! ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los mensajeros que Dios te envía!

¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos como la gallina reúne a sus pollitos bajo las alas, y tú no has querido! Oídme bien: vuestra ciudad va a quedar desierta. Porque os digo que no volveréis a verme hasta el momento en que digáis: "¡Bendito el que viene en nombre del Señor!"" (MT. 23, 37-39.

(Para ver la cita a la que Jesús hace referencia para recordar las palabras con que Jerusalén deberá alabarlo cuando lo reconozca como Mesías, Vé. SAL. 118, 26).

Jesús vaticinó la destrucción de Jerusalén que llevaron a cabo Tito y Vespasiano en el año 70, el cruel asesinato de los rebeldes nacionalistas que prefirieron morir antes de entregarse a los colonizadores de Palestina, quienes lucharon contra sus invasores hasta el último segundo de su existencia mortal.

¿Hemos recibido a Jesús en nuestros corazones? ¿Hemos orado diciendo: "Bendito el que viene en nombre del Señor" acogiendo al Mesías en nuestra vida?
(José Portillo Pérez